

## EL DESCANSO DEL MAQUINISTA

Terminado su turno de guardia en la sala de máquinas del carguero recientemente amarrado en uno de los muelles del puerto de El Musel, el segundo maquinista subió pausadamente las escaleras de acceso a la sala de motores y tomó la salida por babor. Paró durante unos instantes en la cubierta bajo el puente y dirigió su vista, que todavía no se había adaptado a la mayor claridad de la luz solar, hacia el muelle que tenía enfrente, donde se desarrollaba un espectáculo insólito en un puerto ya que, en lugar del acostumbrado movimiento de transporte, carga y descarga de mercancías por los estibadores y las grúas, en aquella tarde de verano en los muelles cercanos a donde el “Dingle Bay” estaba atracado se estaba celebrando un festival por el que deambulan cientos de personas en torno a varios lugares dedicados a un encuentro entre escritores de novelas negras.

Visto esto, y escuchado el ruido festivo y la música del acontecimiento, el maquinista se desplazó hasta su camarote y se dispuso a tomar un baño. Se enjabonó todo el cuerpo, especialmente los brazos y las manos, a los que trataba de liberar de los olores de los aceites minerales y el gasoil. Pensó, como muchas otras veces, si no se habría equivocado al elegir la carrera de máquinas en vez de la de oficial de cubierta, con la que tendría una mejor vida, pero su afición por las máquinas le había llevado a su actual ocupación.

Una vez aseado y vestido con ropa limpia salió de nuevo a la cubierta y se paró en la zona del portalón donde había tres tripulantes hablando con el marinero de guardia. El más joven de los tres se dirigió al recién llegado y le preguntó:

- Quintes, ¿quieres venir a tierra con nosotros?
- Según qué planes tengáis- respondió Luis Quintes.
- Vamos a enterarnos de qué es esto de la Semana Negra y todo este jaleo que hay por los muelles- dijo el joven Pedro Lastres.
- Conforme- respondió Quintes.

Abandonaron el buque y dirigieron sus pasos hacia donde se estaban desarrollando los actos del encuentro entre escritores policíacos. En las inmediaciones de ese lugar había un barrio típicamente portuario, con sus casas de vecinos, bares, oficinas de los servicios marítimos y algunos locales comerciales. En el extremo noroeste del barrio estaba emplazado el “Stela Maris”, local dedicado fundamentalmente a prestar alojamiento a los marinos. Estando muy próximos a el local, Quintes invitó:

- Vamos a tomar unas copas.

La invitación fue aceptada por todo el grupo y se dirigieron a la sala dedicada a los servicios de bar, que en ese momento estaba muy concurrida. Después de buscar sitio infructuosamente, el marinero más joven observó una mesa ocupada por tres muchachas también jóvenes y, tras solicitar el permiso para compartir la mesa, se sentaron con ellas. Éstas pronto establecieron una animada conversación con los marinos.

Quintes estaba sentado enfrente a uno de los ventanales que daban a la fachada principal y a través de la ventana pudo ver un hombre de parecida edad y complexión a la suya que, saliendo del “Stela Maris”, se dirigía al aparcamiento situado enfrente. Vio cómo abría la puerta de un automóvil Renault 21 rojo y abría también el maletero, donde depositó unos paquetes que portaba en las manos. Después se quitó la cazadora de ante que llevaba puesta y la introdujo en el maletero. Durante este último movimiento, del bolsillo interior de la cazadora se deslizó una cartera que fue a caer al suelo sin que el hombre lo percibiera, posiblemente por el ruido del festival. El hombre cerró el portamaletas, se introdujo en el coche y lo puso en movimiento, desplazándolo del aparcamiento hacia la salida a la calle.

Todos estos hechos fueron vistos por Quintes que, al darse cuenta de que el hombre había perdido la cartera, se levantó de su asiento y se dirigió hacia la salida con la intención de advertírsele. Cuando iba a utilizar la puerta para salir del local, topó con un numeroso grupo de jóvenes asistentes al evento policiaco que entraban en tropel y que le impidieron el paso por unos instantes. Cuando pudo finalmente salir a la calle ya el coche rojo pasaba delante de él, sin que el conductor se percatase de las voces y señas que Quintes le hacía. Quintes vio como el coche tomaba la curva que le alejaba del “Stela Maris” y pudo fijarse y memorizar el número de matrícula. Acto seguido se dirigió hasta el aparcamiento y recogió la cartera del suelo. Era una cartera-agenda de bolsillo de tamaño habitual y, al abrirla, Quintes pudo ver, a través de una lámina plástica transparente, el DNI con la fotografía del hombre del coche rojo. A la vista de los datos y de la fotografía del hombre, llamado Juan Prendes, pensó que le iba a resultar fácil la entrega de la cartera a su propietario.

Este pensamiento le duró unos pocos segundos y, como si tuviera una revelación, por su mente cruzó la idea de tomar prestada por un tiempo la personalidad del tal Prendes. Quintes observó que nadie se había percatado de sus últimos movimientos y regresó junto a sus compañeros y las muchachas. Pasados unos minutos llamó al camarero, pagó las consumiciones y se despidió de sus acompañantes. Sus amigos se sorprendieron por este abandono y le rogaron que se quedase con ellos, pero él argumentó que tenía cosas que hacer en la ciudad y se fue. A modo de explicación por la ausencia de su amigo, Lastres dijo:

- Quintes, desde el accidente, ya no es el mismo.

Mientras Lastres comenzaba la narración de un episodio del pasado de Quintes, éste abandonaba el bar del “Stela Maris” y se encaminaba a la cercana parada de autobús, en la que, tras esperar un rato, subió a un autobús que le trasladó al centro de la ciudad. En todo ese tiempo su mente no dejó de trabajar en un antiguo plan, si bien ahora tendría que introducir en él algunas modificaciones. Una vez en el centro de la ciudad buscó una oficina bancaria y, utilizando sus tarjetas de crédito, retiró del cajero automático una elevada suma de dinero. Después de esta operación se encaminó hasta la estación de autobuses de línea donde compró un billete de ida y vuelta a la capital y tomó asiento en el autobús que estaba a punto de partir. Poco más de media hora más tarde ya estaba en la zona de tiendas de la ciudad vecina. Entró en una céntrica cafetería y pidió una bebida refrescante y la guía telefónica. Tras consultar ésta y tomar nota de unas direcciones, agotó de golpe la bebida, pagó y abandonó el establecimiento.

Preguntó por la localización de las señas que había tomado a una pareja de ancianos que amablemente le orientaron. Su primera visita fue a una peluquería de caballeros donde también vendían pelucas. Allí eligió un postizo de color rubio, el que más parecido tenía con el color del pelo del tal Prendes. Después se fue directo a unos grandes almacenes y, en una de sus secciones, compró una bolsa de viaje pequeña. Hecho esto, visitó la sección de ropas de caballero donde, tras de varias pruebas, se compró una camisa blanca, unos pantalones azules y una cazadora de ante como los creía recordar vestía Prendes. También compró unos guantes de piel fina.

Hizo el pago al contado por la ropa que acababa de comprar y que, tras probar, ya se dejó puesta. Metió sus viejas prendas en la bolsa de viaje y dejando la sección de ropas de caballero, se fue directamente a una tienda de óptica donde compró unas gafas de sol de montura dorada como las que llevaba el hombre a quien debía imitar. Terminadas estas operaciones, abandonó los grandes almacenes y se encaminó hacia la estación de autobuses de línea donde tomó de nuevo un vehículo que lo retornó a Gijón.

Muy cerca de la estación de autobuses había una tienda de rótulos y Quintes se fue directo a ella. Allí encargó unas placas de matrícula para automóvil con el número correspondiente al coche de Prendes. Le dijeron que podría recogerlas en la mañana del día siguiente. Comprobó por su reloj que estaban muy próximas las 20 h y, como no había comido nada desde las 10 de la mañana, buscó un discreto restaurante donde cenó con tranquilidad.

Después se encaminó hacia una calle no muy lejana del centro de la ciudad y entró en un hostel donde alquiló por dos noches una habitación, tras insistir en que ésta tuviera el ventanal a la calle. Una vez en la habitación, miró a través de la ventana y, aunque no justamente enfrente pero sí dentro del ángulo de visión, vislumbró un pequeño bar con terraza frente al cual estaba aparcado un automóvil de la marca Mercedes de color blanco.

El tiempo pasó lentamente y al pensamiento de Quintes, que había ralentizado su actividad, le venían los recuerdos de su esposa y de su hijo. Repasaba por enésima vez unas imágenes a las que nunca asistió, las de un accidente provocado por un conductor que iba al volante pese a estar borracho y que, cambiándose de carril, chocaba frontalmente con el coche de su esposa, cuando ésta y su hijo viajaban desde el interior de la región hacia el Musel para reunirse con él. Rememora también el momento en que recibió la fatal noticia y en el que todo en su vida cambió; su personalidad se transformó y toda la energía y dedicación que empleaba con su familia la aplicó a idear sus proyectos de venganza, ya que el tribunal que en su día juzgó los hechos absolvió al conductor, que había salido ileso del accidente.

Mientras tanto, transcurrían las horas y los clientes del bar iban saliendo y abandonando el lugar, hasta que, pasadas las dos de la madrugada, los dos camareros recogieron las mesas y las sillas de la terraza y se marcharon. Al poco rato las luces del establecimiento se apagaron y de dentro salió un joven alto que, tras cerrar el local, se dirigió al Mercedes blanco, abandonando el lugar tras arrancarlo. Quintes comprobó que estos acontecimientos se desarrollaban como en otras ocasiones y pasada aproximadamente una hora, abandonó el hostel y encaminó sus pasos en la tranquilidad de la noche hacia el puerto del Musel. Cuando llegó a las inmediaciones del muelle donde estaba atracado su barco, entre un grupo de contenedores, se quitó la peluca y se cambió de ropa.

Abordó el buque y entabló conversación con el marinero que estaba de guardia en el portalón. Durante el diálogo se enteró del nombre del marinero de guardia al día siguiente durante la noche. Entró después en su camarote y abrió la cerradura de uno de los cajones de su mesa. Sacó un envoltorio cubierto con una gamuza y al desenvolverlo apareció un revolver calibre 38 de cañón corto y una caja de munición. Volvió a meterlo todo en el cajón, se desvistió y se acostó sobre la litera, tras poner el despertador para que sonase unos minutos antes de que comenzase su turno de trabajo en la sala de máquinas.

Al día siguiente, y durante su trabajo, Quintes abandonó su puesto varias veces hasta encontrar a José Veriña, el marinero que estaría de guardia en el portalón esa misma noche. Quintes, tras citarle en a su camarote, abrió una botella de licor y sin andarse con rodeos le espetó:

- Mañana, cuando estés de guardia en el portalón, a partir de las 3 de la mañana, necesito que estés solo, no le des conversación a nadie pues quiero que solamente tú sepas cuando subo a bordo.

- ¿Así que quieres subir alguna mujer al barco?

- No se trata de un asunto de faldas, es algo más serio. Quiero que digas que he llegado a bordo con una antelación de 2 horas. Si me apoyas en esto, yo te recompensaré a ti con largueza.

Veriña no necesitó mucho tiempo para replicar.

- Te ayudaré en eso y en lo que sea sin que me des nada a cambio, pues tú eres el único oficial en este barco del que todos los tripulantes recibimos un trato de iguales.

Sellaron el acuerdo con un apretón de manos, tomaron otras copas y volvieron a sus faenas. Terminado su turno de trabajo y después de asearse y descansar durante dos horas, Quintes recogió el revolver, unas municiones y un estuche de herramientas normales, lo metió todo en la bolsa de mano y abandonó el buque tras de reunirse y ultimar detalles sobre su arribada a bordo con el marinero Veriña.

En los muelles cercanos se seguía desarrollando el evento literario-policíaco y Quintes se dedicó a observarlo mientras esperaba el autobús que le dejaría unos minutos más tarde en el centro de la ciudad. Entró en un concurrido bar, también en el centro, y pidió una consumición y abonó el gasto. Tomó parte de la bebida que había pedido antes de entrar en los servicios y salir transformado en Juan Prendes.

Después, se encaminó a la tienda de rótulos donde recogió las nuevas placas de matrícula. A continuación, se desplazó hasta un aparcamiento público sin vigilancia que ocupaba un amplio solar cercano al centro de la ciudad. Una vez en el lugar buscó entre los automóviles aparcados un modelo Renault 21 del mismo color que el de Prendes. Con decisión y tras haberse puesto los guantes y sacado del estuche de herramientas una llave maestra de las que usan los cerrajeros, se acercó al coche elegido y, sin que nadie reparase en la maniobra, consiguió entrar en el coche. Con la misma llave abrió el dispositivo de bloqueo del volante y puso en marcha del vehículo.

Dejó el aparcamiento y la ciudad, tras comprobar que el depósito de gasolina estaba casi mediado, y llegó a un paraje de media montaña: un lugar rodeado de eucaliptos, donde sustituyó las placas de matrícula del vehículo por las nuevas, guardando en el maletero del coche las viejas.

Acabada esta operación, buscó un restaurante en el camino de regreso a Gijón donde con la más aparente tranquilidad tomó una comida. Terminada ésta, se puso de nuevo en marcha y retornó a la ciudad. Circuló por el centro hasta aparcar el vehículo en la calle donde estaba situado el hostel y, pese a que no le gustaba el lugar donde tenía que dejar el coche porque estaba varios metros alejado del bar, lo dejó allí de momento, en espera de poder cambiarlo más tarde si fuera preciso. Subió a la habitación que tenía alquilada en el hostel y miró por entre los visillos para verificar que el coche Mercedes blanco estaba aparcado cerca del bar de su propietario.

Aparentemente todo transcurría como el día anterior; las horas pasaban, las gentes entraban y salían del bar y Quintes tuvo ocasión de salir y cambiar el coche de lugar, dejándolo enfrente del hostel desde donde poder vigilarlo para no tener sorpresas. En torno a las dos de la madrugada Quintes observó que los camareros recogían las mesas y sillas de la terraza, se despedían del patrón y se iban. Entonces abandonó el hostel, sin utilizar el ascensor para bajar los dos pisos que le separan de la calle, y se situó entre los automóviles aparcados enfrente del bar. Entonces salió el joven del día anterior que, tras cerrar el establecimiento, se acercó a su coche y se disponía a abrirlo. Cuando iba a iniciar la apertura de la puerta sintió que le apuntaban con algo duro en el costado izquierdo y oyó que le decían:

-Si haces el menor movimiento o gritas te mato aquí mismo.

La sorpresa del joven fue tan grande que tardó unos segundos en reaccionar. Entre tanto Quintes le empujó hasta que rebasaron la puerta trasera del coche mientras con la mano izquierda abría dicha puerta, sin dejar de apuntarle con el revolver.

¡Tiéndete en el fondo del coche boca a bajo y coloca las manos en la espalda!-ordenó Quintes.

Todavía aturdido, el joven obedeció y entonces Quintes sacó de uno de sus bolsillos un pequeño rollo de cinta adhesiva y, sin soltar el revolver, le ató las manos pasando varias veces la cinta sobre las muñecas del prisionero. Éste tuvo entonces su primera reacción y preguntó:

- ¿Quién eres y porqué me haces esto?

- Quintes se identificó y le acusó de haber matado a su esposa y su hijo.
- Pero soy inocente y un juez me absolvió – replicó el joven.
  - Ese juez es tan culpable como tú y en su día recibirá su parte – dijo Quintes.

Entonces el joven empezó a gritar pidiendo auxilio y Quintes reaccionó rápidamente tendiéndose sobre su prisionero y golpeándole en la cabeza hasta hacerle perder el conocimiento. Le quitó las llaves del coche y, tras cerrar la puerta, comprobó que la calle seguía desierta y que desde las casas nadie parecía haber oído los gritos. Después, ocupó el asiento del conductor y arrancó el coche. Se dirigió a las afueras de la población y paró en un lugar solitario de la costa, inmediato a una escollera que terminaba en una pared vertical al mar.

Sacó a su prisionero del coche, lo arrastró hasta el borde de la escollera y, después de registrarle y retirarle la documentación y accesorios por los que pudieran identificarle, le retiró también la cinta adhesiva que le ataba las manos y se la guardó con los demás objetos. Quintes sintió que había llegado uno de sus esperados momentos pues estaba a punto de llevar a cabo la primera parte de su venganza y, sin más preámbulos, se llevó a su prisionero hasta el borde de la escollera y lo arrojó al vacío. No pudo ver donde había caído el cuerpo pero tenía bien estudiada la zona y sabía que el golpe contra los arrecifes y los golpes de mar partirán el cuerpo en pedazos.

Inició el regreso a la ciudad sin sentir el menor remordimiento por el acto que acaba de cometer y circuló, como en el viaje de ida a la escollera, observando todo tipo de precauciones para no llamar la atención. Estacionó el coche en un aparcamiento público y, tras comprobar que no dejaba nada comprometedor en el vehículo, lo cerró y se alejó de la zona. Se encaminó hacia el lugar donde tenía aparcado el Renault 21 que había robado y, mientras se desplazaba, iba rompiendo en pequeños trozos la documentación del joven e iba dejando los pedazos en varias de las papeleras que encontraba por el camino. Envolvió la sortija y el reloj que le había quitado al joven en los restos de la cinta adhesiva y también los tiró, así como la cartera que también troceó con la navaja.

Ya había llegado a la calle donde estaba estacionado el Renault 21, cuando se detuvo en un lugar poco iluminado para observar si todo estaba tranquilo. Aparentemente era así, pero su mirada descubrió en el aparcamiento de enfrente un coche en el que había al menos una persona, que estaba fumando y que había sido delatada por el rojo de la brasa del cigarrillo.

Quintes esperó unos minutos para ver si el automóvil en cuestión se ponía en marcha, pero oyó voces y pasos de personas que se acercan y optó por coger el coche, ponerlo en marcha y salir del aparcamiento. Cuando estaba a punto de entrar en una amplia avenida que enlazaba con la calle que acababa de abandonar, vio por el espejo retrovisor que el vehículo del fumador también abandona el aparcamiento. Circuló por la amplia avenida durante varios metros y entró por la primera calle a la derecha mientras observaba que también lo hacía el coche del fumador. Cambió de dirección en varias ocasiones y asistió a cómo todas sus maniobras eran reproducidas con exactitud por el vehículo perseguidor.

No sabía por qué le seguían y, pese a que su mente trabajaba a toda velocidad, no podía intentar perder de vista a su perseguidor sin correr el riesgo de llamar la

atención por la velocidad que tendría que desarrollar, y aún así no tenía la plena seguridad de lograrlo. Decidió entonces afrontar este nuevo acontecimiento tomando la dirección hacia una amplia avenida que desembocaba en el paseo del malecón y que transcurría en su tramo inicial paralelo a un amplio parque. Por el lado del parque había un aparcamiento en batería en el que Quintes aparcó unos metros más arriba de una amplia entrada que estaba aproximadamente a la mitad del lateral del parque.

Cuando salió del coche observó que su perseguidor también estaba aparcando. Quintes se desplazó calle arriba hacia el malecón. Antes de que terminase la acera que bordea ese lateral del parque había unas escaleras de acceso al mismo y a un paso subterráneo que conectaba, por debajo de la calzada, con el malecón. Quintes giró hacia la derecha para tomar las escaleras, miró hacia la dirección que había recorrido y pudo ver a su perseguidor que avanzaba tras sus pasos llevando algo que no podía precisar en su mano derecha. Bajó rápidamente las escaleras y, como ya conocía el lugar, se escondió tras un seto que adornaba la entrada del subterráneo, mientras mantenía amartillado el revolver que acababa de sacar de su bolsillo.

Pocos segundos más tarde su perseguidor apareció en lo alto de las escaleras, llevando una pistola en su mano derecha. El nivel más bajo de las escaleras coincidía con el plano de acceso al subterráneo, justamente enfrente del lugar donde se había escondido Quintes que en una fracción de segundo tomó la decisión de disparar sobre el hombre que le perseguía. Cuando éste dejó las escaleras, quedó quieto dudando qué dirección tomar: si dirigirse hacia el subterráneo o hacia el parque, pues no veía a Quintes en ninguna de ambas direcciones. En ese preciso momento Quintes apretó el gatillo y a tan corta distancia le bastó con un solo disparo que, alcanzando al hombre en medio del pecho, le hizo desplomarse de espaldas sobre los peldaños de las escaleras. Quintes abandonó entonces su escondite y examinó al caído. Comprobó que estaba muerto y rápidamente le registró y le quitó la cartera.

Abandonó el lugar y se adentró en la profundidad del parque y lo cruzó saliendo por entre la arboleda y los setos que daban a su parte sur. Parecía que a pesar del disparo nadie se había percatado de los acontecimientos ocurridos, ya que la zona seguía solitaria y tranquila. Caminó hacia el coche, lo puso en marcha, se desplazó en dirección contraria al malecón y circuló hasta el populoso barrio cercano al puerto.

Durante el tiempo que duró el viaje iba pensando no tanto en su nueva víctima, cómo el motivo que ésta tenía para seguirle armado. Paró el vehículo en una zona iluminada y vio que la documentación del muerto corresponde a un tal Abel Llanera, nombre que no le decía nada. Aparcó en una zona solitaria algo alejada de las casas y con ayuda de un destornillador, y pese a la reinante obscuridad, cambió las placas de matrícula falsas por las originales. Guardó las placas que había desmontado en una bolsa de mano junto con sus ropas y las herramientas, repasó el interior del coche hasta comprobar que no había abandonado nada y a grandes pasos abandonó el lugar. Marchó hacia los ya cercanos muelles procurando pasar por las zonas menos iluminadas y, en menos de 15 minutos, ya se encontraba muy cerca del Dingle Bay.

Repitió la operación de partir y tirar por separado la cartera y los documentos de Llanera y cuando pasó entre dos hileras de contenedores, casi sin pararse, se quitó la peluca y la cazadora de ante y las guardó en la bolsa de mano.

Desde el muelle vio al marinero Veriña apoyado en la borda, posición acordada de mano entre ambos para indicarle que tenía vía libre y entonces arribó al barco.

- He llegado a las 24 h. en punto, cuando termines la guardia pasa por mi camarote – le dijo Quintes.

- De acuerdo – respondió Veriña.

Ya en su camarote, y con la ayuda de unas tijeras, Quintes cortó en pequeños trozos las ropas que le habían servido de disfraz, así como la peluca. Limpió el revolver de las mínimas huellas dactilares y salió a la cubierta de estribor, costado que tenía el barco contra las defensas y el muelle. Tiró los restos de las ropas y de la peluca entre el muelle y el barco. Después, por el pasillo que atravesaba el puente, se desplazó al costado de babor y arrojó con un fuerte impulso el revolver, las municiones y las placas de las matrículas. Por último se quitó los guantes de cuero, hizo con ellos una pelota y los arrojó también al mar.

Veriña fue el único testigo de estos acontecimientos y, aunque en un momento Quintes pasó cerca de él, no intercambiaron ni una sola palabra. Quintes volvió a su camarote y se acostó vestido sobre la litera. Pasó el tiempo mientras intentaba infructuosamente descifrar lo que había pasado durante la última parte de la noche y, cuando estaba de llegar la hora en la que debía de entrar de guardia en la sala de máquinas, oyó un ligero toque en la puerta del camarote. Se levantó, abrió la puerta e hizo pasar a Veriña, que había terminado su jornada.

Quintes sirvió unas copas de licor que ambos vaciaron de un solo trago.

Hasta aquí, tendríamos el relato de cómo pudieron suceder las cosas. Pero... Imagínense que Quintes no advirtiese la presencia en el coche que le vigilaba, o que el tal Llanera no estuviese fumando en ese momento. Tal vez Quintes no se percató de que alguien le seguía y, simplemente, recibió tres disparos en la espalda mientras cambiaba las placas de matrícula del coche, antes de abandonarlo.

O mejor aún. imagínense que Quintes se arrepintió en el último momento y no despeñó al joven. Simplemente le quitó la cinta adhesiva y le dejó inconsciente a unos metros de la carretera que llevaba a la escollera. Tampoco advertiría más tarde que alguien le vigilaba, ya que al final no había cometido ningún delito grave y no necesitaba extremar la precaución; aunque igualmente terminaría recibiendo los disparos al cambiar las matrículas.

Ustedes mismos.

Saúl Fernández García  
Gijón, Marzo de 2003.